

“¡QUIÉN FUERA CRONISTA!”, DE DANIEL
RIQUELME: INTRODUCCIÓN A UN TEXTO
RECOBRADO¹

Eduardo Aguayo Rodríguez
Universidad de Concepción

Alicia Rey Arriagada
Universidad Católica de la Santísima Concepción

NOTA INTRODUCTORIA

EL texto que presentamos a continuación, “¡Quién fuera cronista!”, del escritor y periodista chileno Daniel Riquelme, alias *Inocencio Conchalí*, fue publicado el lunes 2 de enero de 1888 en la portada del diario santiaguino *La Libertad Electoral*, de propiedad de los hermanos Matte y uno de los principales órganos de oposición política al gobierno del presidente José Manuel Balmaceda. El texto marca el inicio del segundo año de Riquelme como colaborador habitual en este medio, luego de abandonar, en 1886, su trabajo como redactor anónimo en el influyente periódico rival *La Época*, considerado en su momento “el diario literario por excelencia” (Silva Castro 298) y que contaba entre sus colaboradores frecuentes a un recién llegado Rubén Darío.

¹ La recuperación y presentación de este texto forma parte de la investigación titulada *Daniel Riquelme en "La Libertad Electoral" (1887-1897): rescate, estudio y difusión de su prosa*, financiada con aportes del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, dependiente del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes del Gobierno de Chile. Sobre esta versión, hemos optado por modernizar la ortografía literal y acentual para facilitar su lectura; señalamos con “[...]” los segmentos ilegibles en la versión disponible en microfilme.

Examinado como objeto literario, el texto de Riquelme constituye una síntesis ejemplar del estilo ecléctico y popular de este autor, influido por la lectura de Mariano José de Larra y por cierto imaginario urbano y decadente de filiación romántico-modernista que lo emparenta con su contemporáneo, el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera. A esta influencia letrada/literaria debe sumarse la particular apropiación que hace su prosa de una serie de recursos formales propios de la oralidad, rasgo distintivo que define parte importante de su escritura. Este devenir de la letra hacia la voz se evidencia, por ejemplo, en el uso frecuente de la elipsis y el sobreentendido como recursos retóricos fundamentales de un discurso estratégicamente incompleto, que apela con ese vacío al diálogo con lector, así como en la inclusión directa de expresiones propias de la cultura popular —chistes o *tallas*, canciones, refranes— en el espacio más bien solemne y formal de la prensa informativa.

Por otra parte, y desde un punto de vista comunicativo, nos parece que el artículo plantea una reflexión humorística acerca de las formas de producción y recepción de la crónica periodística en el campo letrado chileno de fines del siglo XIX. Recordemos que, en este contexto, el término *crónica* agrupaba discursos formal y funcionalmente heterogéneos, que fluctuaban:

entre lo factual y lo lírico, entre el cuadro de costumbres y la reseña de vida de la ciudad, entre la descripción de hechos y los juicios valorativos, entre el referente externo y los estados anímicos del hablante, entre la mayor o menor actualidad del referente, entre la narración “realista” y la “recreativa”, entre un orden secuencial y otro más arbitrario. . . . (Ossandón 112)

A esta textura informativa parece responder la *metacrónica* de Riquelme, menos ocupada en proponer un tema específico y desarrollarlo progresiva y coherentemente, que de escenificar irónicamente la multiplicidad de voces y registros del entorno mediático finisecular.

Finalmente, más allá del valor patrimonial que este texto posee en tanto que objeto literario de difícil acceso —recordemos que la mayoría de la obra de Riquelme no ha vuelto a ser editada desde su publicación original en los periódicos de la época y sólo puede ser consultada tras

una paciente búsqueda en los archivos de microfilme de la Biblioteca Nacional de Chile— nos parece que “¡Quién fuera cronista!” constituye un valioso testimonio histórico de las profundas transformaciones sociales, culturales y económicas que afectaron al país durante su tránsito entre los siglos XIX y XX, así como una curiosa síntesis de la diversidad de formas y funciones que adoptó la crónica como expresión del heterogéneo espacio discursivo de la época.

OBRAS CITADAS

Ossandón, Carlos. *El crepúsculo de los sabios y la irrupción de los publicistas. Prensa y espacio público en Chile (Siglo XIX)*. Santiago de Chile: LOM, 1998. Impreso.

Riquelme, Daniel (1888, enero 2). “¡Quien Fuera Cronista!” *La Libertad Electoral* 2 de enero de 1888. Microfilme.

Silva, Raúl. *Prensa y periodismo en Chile (1812-1956)*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1958. Impreso.

— INICIO DE LA TRANSCRIPCIÓN —

¡QUIÉN FUERA CRONISTA!

De mil amores, voy a decir, volviera yo a los dichosos tiempos en que tuve el gusto de ser cronista de un diario de esta capital.

Y no se entienda que es por quitarme los nueve o diez años que desde entonces a hoy me han caído encima; pues muchísimo que sé no hay paraguas milagroso ni impermeable de ninguna laya que puedan preservarnos de las canas, arrugas y polillas que el tiempo neva silenciosamente sobre nosotros, tan en silencio como la araña traidora teje sus telas en torno a las presa descuidada.

Deseo ser cronista por el placer liso y llano que yo encuentro en el ejercicio de la profesión.

Me seduce esa eminencia literaria que tiene a la vez la altura de una tribuna popular y de un púlpito a la moda.

No faltará goloso que diga, o por lo menos piense, que al lado de la tribuna de la cámara, por ejemplo, está la mesa de suculentas onces y que del púlpito se pasa de carrera al refectorio.

Pero no es el costado mundano del oficio el que yo miro ahora. Ya viejo, sin muelas y con pocos dientes, no puedo desear el cargo por franquicias de entre bastidores ni gollerías pantagruélicas. Además, ya han pasado los tiempos en que un cronista se vestía, merendaba y cubría sus travesuras realizando con la pluma los milagros que Jil Blas hacía con su arcabuz. Sin embargo, por malos que estén los tiempos, todavía los empresarios de buenas o malas compañías, de las malas, sobre todo, invitan a cenar; todavía las artistas que comienzan y con más particularidad las que van concluyendo tiene sus días de tallarines y regalan fotografías de sobremesa; todavía los escritores que se levantan y los que ya se acuestan, que no son pocos, tienen siempre una peseta para copas o un buen habano que ofrecer al amigo, y en fin, aun cuando todo

esto faltara no habrían de faltar matrimonios, reparticiones de premios, banquetes, natalicios, fiestas, y en éstas mesas de té y en todas el agasaje, trago y bocado correspondiente al sueldo que se presume.

Esto no amarga la existencia de nadie seguramente; pero como digo, yo ya estoy viejo. Ni aun sirvo para esos párrafos en que el cronista, con los oídos de lince que le crea el abono gratis, escucha desde la imprenta los aplausos que el público ha reservado para mejor ocasión y le oye voz a un tenor que no la tiene y por las mismas artes le acuerda gracia y hasta boca chica a una vieja bruja que puede esconder un violín entre las quijadas.

Ya ven ustedes que carezco de uno de los primeros requisitos del oficio. Por eso limitaría mi ambición a ser el interlocutor cotidiano del público; el retratista al vuelo, si estuviera en mis posibilidades, de cuanto pasa, hombres y cosas, en nuestro crecido mundo santiaguino; ser su libro de apuntes; su corazón que siente, sus manos que aplauden y sus tijeras que pelan... pelar, sobre todo... ustedes saben ¡oh, ánima bendita del mudo Astorga! lo que es pelar. No está por cierto al alcance de ningún tonto este deleite intelectual. Al menos yo no he conocido a ningún tonto que pele a su prójimo conforme a las reglas del arte, así como ningún tonto puede servir de tema a un pelambre de mediana cultura. Porque la filosofía trascendental de este arte útil y necesario a las sociedades, especialmente a las sociedades que ejecutan una evolución de avance, como la nuestra, tiene más rollo que el que usa el primero que pasa por las calle con hipo vulgar y simple de decir mal de la gente por envidia, odios o bajezas del mismo jaez.

Hablar pestes del vecino, eso lo saben de coro las beatas, los sirvientes de todas las casas y cualquier *amigo* a quien se le presta un servicio, por pequeño que sea. Pero debe distinguirse la tijera del artista que empareja a la del chalán que tusa o rabona; el arado que abre surcos fecundos de la trompa del chanco que osa y busca la podre.

Debe distinguirse... pero como ahora voy de prisa, dejaré para otra vez lo demás de este importante capítulo de la crítica social, no

menos provechosa a las costumbres cuando se ajusta a las leyes, que en artes o en letras es la crítica que se basa en los principios de la ciencia.

Siguiendo con lo de la crónica, ustedes habrán entendido que me refiero a la de un diario que haya alcanzado la honra de que las niñas, y este es el colmo, no sólo lo leen con placer día a día, sino que lo reclaman, si llega tarde y siguen su tardanza, y además ¡ay! y que además le permiten entrar a la sagrada, tibia y perfumada intimidad del dormitorio antes de abandonar las blandas plumas, para leerlo en cama, a sus anchas, especialmente en esas encantadoras mañanitas de invierno en que el agua que golpea los cristales arranca también notas de música a las losas del patio y cada hueco o rincón de blanca llanura le grita al cuerpo: ¡no me abandones!

Entrar en ese santuario con el primer rayo de luz (tengo entendido que el primer rayo asoma como a eso de las diez A.M.) entrar y ver todo eso que duerme descuidadamente en la alcoba de una niña buena moza; conversarle a su pereza lo que ha de agradarle, borrando poco a poco lo que los diablitos rosados de la juventud y del amor han escrito durante la noche en la pizarra de los sueños, y después caer arrugado por la mano de ella sobre las chinelas que miran boquiabiertas o sobre la lánguida bata que todavía duerme sobre el brazo del sillón... ¿No entra uno mismo con el cuerpo y espíritu de sus ideas a esa intimidad? ¿No ha trabado con el alma de la niña una plática íntima, llena de infinitas asociaciones de ideas?

Considero, por otra parte, que un cronista desde las columnas de su sección puede llegar a ser tan escuchado de sus lectores como un amigo viejo en quien se tiene confianza; como lo es de sus devotas, desde lo alto del púlpito, un predicador a lo Ireneo, que habla de Dios y del mundo, esto es, del mundo con un poco de Dios y de Dios con mucho de mundo. Pero aquí se debe entender también que prefiero, envidiándolo, al cronista que ve con los ojos de su espíritu lo pintoresco de las cosas y sabe relatarlas con su pluma tal como habla en un salón un hombre de talento.

Porque para lo que es contar que en el callejón de las Hornillas una carreta se hundió hasta las yantas en el barro a causa de que había barro y las carretas tienen yantas, y que dos rotos se fueron a las manos en la calle de Huemul y que el de abajo sacó la peor parte, indignándose por este desacato como si la calle de Huemul pudiera servir para otros usos y no fuera en todo caso más honesto y hasta de agradecerles a los rotos que se retiren a tales parajes para tales desahogos en vez de que vengan a tenerlos en la Plaza de Armas, si les da la gana; y en fin, para referirnos, como dice el cantar:

Que en mitad de la noche
Se vino una estrella al suelo
Y como nadie la vido
Se mamó su buen porrazo

Para esto y muchos más asuntos [...] sobran cronistas que no le escatiman a usted ni la última boqueada que dio una vieja que murió del cólera por haber comido frutas en día martes.

No hace muchos días que un cronista y trovador salió cantando en su revista que en Santiago estaba haciendo mucho calor...

¡Corría a la sazón 17 de diciembre!

Y otro agregó muy fresco que Santiago es una ciudad muerta, no de calor, sino de noticias para los cronistas.

Y esto en los mismos instantes en que una bandada de asuntos graves andan como picoteando el alma, en busca de uno que hable por ellos, tanto que de una plumada se podrían apuntar aquí unos veinte, si lo que queda por decir no fuera más largo que lo dicho y esto más que la cantidad de paciencia que me es permitido robar al público en un solo tiro.

I. CONCHALÍ